

Espíritu», en un destino en el que la poesía, identificada con el concepto real y enteléquico de Vida y dotada con la plenitud de libertades y ambiciones propuestas por el arte moderno de compromiso o pundonor más extremado, había asumido vigencias absolutas⁶.

La poesía en la piedra y en el destino de los hombres, o en el verso o en una tirada de dados, no importa nada la forma de su expresión, sino su acción. La escritura fue un primer paso imprescindible para la puesta en práctica de la teoría. Había entrado en el mundo del Espíritu para siempre.

Hacerse poesía

Hallamos semejanzas de planteamiento entre la aventura espiritual de Juan Larrea y el camino depurador de Juan Ramón Jiménez. Lo buscaron por métodos diversos, pero la finalidad era la misma: no escribir poesía, sino convertirse en poesía. El método juanramoniano consistió en depurar el poema, utilizando sólo el nombre exacto de las cosas: así alcanzó una perfección del verso que no tiene par en nuestro tiempo.

El método empleado por Larrea le impulsó a superar la escritura en verso, y entregarse solamente a la racionalización de la prosa. Partió de la *Biblia*, desde el comienzo de los tiempos, y centró su atención en el *Apocalipsis*, donde están anunciados los signos que acontecerán en el fin de los tiempos. La historia de la humanidad entera resumida en un libro que hizo suyo e interpretó a su manera.

Por ese motivo alteró su escritura, y lo hizo al contrario de Juan Ramón: su prosa se complicó, al utilizar expresiones de carácter visionario o casi místico. Es sabido que la experiencia mística obtiene una difícil traducción al lenguaje cotidiano, al no encontrar las palabras adecuadas para relatar un suceso interior. Es el caso de Larrea, y un caso ejemplar.

Interesado por la poesía como manifestación del espíritu humano en su actividad sobre el devenir histórico, sólo escribió ensayos teóricos relativos a la espiritualidad. El apóstol Pablo decía a los corintios en su primera epístola que el hombre espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado por nadie (2:15). Siendo así, la escritura de Larrea no debe ser juzgada críticamente como obra literaria, porque es otro género.

Si como poeta en verso fue escasamente considerado por sus coetáneos, como ensayista espiritual lo es menos todavía. Sus especulaciones disgustan a los cristianos, al considerarlas heterodoxas, y a los agnósticos, al creerlas innecesarias.

⁶ Juan Larrea, *Corona incaica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba, 1960, pp. 17 y ss.

Problemas de comunicación

Según confesión del mismo Larrea, su escritura ensayística era poético-filosófica. Al margen de la clasificación, necesaria tal vez para los manuales literarios, lo cierto es que resulta muy original, sin semejanzas con otras contemporáneas. Por poner un ejemplo de otro escritor bilbaíno interesado por las cuestiones espirituales y el estudio intenso de la *Biblia*, no existen parecidos entre los estilos de Unamuno y de Larrea.

Incluso puede suponerse con fundamento que a Larrea no le interesaban los libros del rector de Salamanca. Las pocas veces que se refiere a ellos lo hace con desgana. Al comentar el asunto de la supuesta tumba de Prisciliano en Compostela, por ejemplo, no supo citar todas las alusiones hechas por su paisano al tema, y lo mencionó de pasada.

Bien es verdad que los bandazos políticos del rector disgustaron a los buenos españoles. Tal vez ahí se encuentra la motivación del escaso aprecio que Larrea demuestra por su obra literaria de creación y de meditación. Por lo demás, Unamuno vivió y murió en la angustia de una fe indecisa, mientras que su paisano encontró la razón de ser en el mundo.

Muchos de los escritos teóricos de Unamuno aparecieron en diarios y revistas, destinados al que suele llamarse gran público. En cambio, los ensayos espirituales de Larrea aparecieron en revistas de escasa difusión, o en libros de tirada reducida. Sus lectores, que en algún caso financiaron las ediciones, eran personas de cultura probada, inquietos por las cuestiones transcendentales abordadas; cómplices, en una palabra, del autor.

Por ello, el lenguaje de Larrea no estaba sometido a las exigencias de una comunicabilidad apta para cualquiera. Y como se refería a iluminaciones interiores y a meditaciones sobre libros complejos, a menudo es complicado o aburrido. Así que Larrea no será nunca escritor popular. Ni falta que hace.

Poesía y filosofía

Alguna vez se creyó obligado Juan Larrea a justificar su escritura ante los lectores. Confesó entonces cuál era su método y cómo lograba la exposición de lo que gestaba su conciencia para que lo comprendieran seres ajenos a ella. Así lo explicó:

Ha de advertirse que las presentes páginas ajustan su discurso a un procedimiento poético-filosófico que, por su condición imaginativa, parece ser el más adecuado a la índole espiritual de sus apetencias. No pretende el pensamiento explorar nada en forma metódica, ni demostrar «científicamente», ni convencer. Aspira a ir compren-

diendo y haciendo comprensibles, es decir, a ir viviendo especulativamente, en el vértice imaginación-razón, ciertas realidades concretas de nuestra experiencia cultural, cuya entidad y sistema de libres relaciones alcanzan sentido en un orden de entendimiento más complejo y trasconsciente que aquel en que se concatenan los fenómenos físicos⁷.

Téngase en cuenta su condición de discurso antimetódico. El racionalismo puede exponerse de una manera incluso matemática, ajustada con precisión al pensamiento. En cambio, la espiritualidad carece de esa concreción, al ser una experiencia personal basada en sentimientos ocultos. Por eso define como procedimiento poético-filosófico al suyo, entre imaginación y razón.

Con ello no se aclara nada, sino que más bien se contribuye a la imprecisión del método. Pero si lo que el autor desea es comprender el sentido de las cosas, mientras no lo consiga él, no logrará manifestárselo a los demás. No se olvide que en la *Biblia* es Dios mismo quien pone sus palabras en boca de los profetas; ellos no necesitaban buscar la expresión.

El larreísmo poético

El abandono de la práctica del verso no implicó nunca un rechazo de los poemas ya publicados o conservados por los amigos. Solamente en sus comienzos había procurado editarlos, pero enseguida dejó de preocuparse por una cuestión que le parecía secundaria. Cuando el hispanista Vittorio Bodini le propuso recoger en un volumen su obra estrictamente poética, aceptó casi diríamos que con resignación, lo mismo que antes había admitido que Gerardo Diego la fuera imprimiendo en revistas y antologías. Así apareció en 1969 *Versión celeste*, editado en Turín por Giulio Einaudi, uno de los mejores amigos de España.

Al año siguiente se publicó en Barcelona⁸. Con ello no varió el aprecio de unos pocos por su poesía, ni se incrementó el número de sus adeptos. Se habló de su adscripción al ultraísmo, al creacionismo o al surrealismo, porque en el caso de Larrea no parece fácil la clasificación. Será que es larreísta.

Sucede esto porque la experiencia personal del poeta se manifestó mediante imágenes literarias simbólicas, descubiertas en la práctica y en la teoría de Huidobro, pero con su cuño característico. La personalidad del poeta está por encima de los movimientos literarios, por lo que cabe en todos y en ninguno.

Para el autor fue un escalón hacia el mundo del Espíritu. Para los lectores supone *Versión celeste* la exposición de una búsqueda que va a quedar

⁷ Juan Larrea, *La espada de la paloma*, México, D.F., Cuadernos Americanos, 1956, p. 12.

⁸ Juan Larrea, *Versión celeste*, prólogos de Gerardo Diego, Luis Felipe Vivanco y Juan Larrea, ed. bilingüe, con traducciones de los tres poetas citados y de Carlos Barral; Barcelona, 1970, 335 pp.

explicada posteriormente. Así como a Juan de la Cruz se le exigió el comentario en prosa a sus versos místicos, a Juan Larrea le convino declarar en sus ensayos lo anticipado en sus poemas, catalogables como místicos.

Advertimos que no íbamos a entrar en su comentario ahora; lo hemos hecho en otras oportunidades. Sólo queríamos seguir la huella literaria de una aventura espiritual muy destacada, pero escasamente descubierta por el público.

Arturo del Villar





Thomas Mann en
Pacific Palisades